

si nuestro destino es vivir de él, en él y con él, es necesario de toda necesidad que comuniquemos á nuestra alma un elemento mediador, por donde sea levantada fuera de sus límites, y llevada hácia él por un movimiento de un orden sobrenatural ó divino. Nuestra vida presente es el crisol laborioso de donde debe salir nuestra vida futura : si no se encuentra en él mas que materia, aunque sea la mas preciosa, no saldrá de él mas que fango ; si solo se encuentra ingenio, sea el mas penetrante, no saldrán de él mas que ideas y sentimientos humanos. Que intervenga pues Dios, y que derrame en él el oro de su eternidad, ó para hablar sin figuras, que nos atraiga á sí por una accion directa sobre nuestra alma ; que nos arranque sin violencia á los afectos de la naturaleza, y nos inspire tal amor, que la vida presente no nos parezca mas que un peso, y el mundo un destierro.

Este amor existe, señores, no podeis negarlo. David lo exhalaba en sus salmos, los mártires embalsamaban con él su suplicio, los santos lo han cantado y glorificado de generacion en generacion ; todos han esparcido de diversas maneras ante Dios la melancolía de una alma oprimida por el fermento ó levadura de un amor sobrehumano. *A la manera que el ciervo, decian, desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mia, ¡oh Dios! Sedita está mi alma del Dios fuerte y vivo ; ¿cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios? Mis lágrimas fueron para mí panes de día y de noche, mientras que se me dice cada día ¿en dónde está tu Dios? De estas cosas me he acordado, y derramaré mi alma dentro de mí ; porque yo he de pasar al lugar del tabernáculo admirable, hasta la casa de Dios, con voz de regocijo y alabanza, sonido festivo del que está en banquete. ¿Por qué estás triste, alma mia, y por qué me conturbas? Espera en Dios, porque aún le tengo de alabar, salud de mi rostro y Dios mio (1).* Estos acentos, señores, no son de la tierra ; brotan de los corazones que se han librado del tiempo y que habitan ya, en una realidad comenzada, la region que disgusta de todo lo demás. Pero ¿por dónde se han introducido en ella ? ¿Es por efecto natural de una contemplacion de la inteligencia ó de un movimiento del entusiasmo ? No, seguramente, y jamás, ni en Orfeo, ni en Platon, ni en ningún espíritu que no tuviese mas que el espíritu del hombre, han conmovido tales vibraciones el santuario de nuestra sensibilidad. Ellas proceden de un arte que se oculta al genio ; de

(1) Salmo 41.

una tradicion que no dice sus secretos sino á los santos. Interrogad á los santos : ellos no son avaros de sus dones ; los han recibido por nada y os los entregarán por nada. Os dirán dónde toman la vida dolorosa y consolada que les arrebató al mundo. Mirad allá abajo : bajo la guarda de una piedra tallada, bajo el símbolo mas humilde aún de un pan amasado por el hombre, reposa la invisible virtud que da la santidad, y que con la santidad produce y fecundiza en el alma el gérmen de la vida divina. Lo que la palabra profética es para la inteligencia, lo es para la voluntad el sacramento. La profecía nos revela los misterios impenetrables de la esencia y del pensamiento de Dios ; el sacramento nos comunica el espíritu, el deseo, el hambre de Dios, el derecho de poseerle por gracia, pues que no lo podemos por naturaleza, y aun un gusto real precursor de esta posesion.

Si la experiencia de los santos no os basta, consultad la experiencia opuesta. Vosotros, que no teneis mas que el corazón para amar á Dios, así como no teneis mas que la razon para conocerle, ¿amais á Dios? No os pregunto si le amais con un amor tierno y profundo, mas que á vuestros amigos mas queridos, mas que ama una madre á su hijo, mas que á todas las cosas y que á vosotros mismos ; no con la mira de los bienes visibles de que él es autor, sino por una contemplacion anticipada de la belleza personal que está en él. No os pregunto si le amais hasta encontrar para dirigirle alguno de esos acentos que nos prestaba há poco David, sino si le amais con el mas débil y el último amor ; ¿le busca alguna vez vuestro pensamiento ? ¿teneis en él algun placer oculto ? ¿constituye él alguna parte, por ligera que sea, del tesoro de vuestro corazón ? Me atrevo á deciros que no, y que os hace mas impresion la hoja llevada por el viento en una noche de otoño, que la inmensidad de las divinas perfecciones.

Séneca ha dicho : *Amicitia pares invenit vel facit ; — la amistad encuentra ó hace iguales.* Tal es la razon de vuestra frialdad para con Dios : sabéis que es infinito, y no concebís lo que podría haber entre él y vosotros. Él está en su lugar, vosotros en el vuestro ; vosotros no le pedís mas que olvido, y no le dais sino lo mismo que le pedís. Y nunca saldréis de este estado de insensibilidad por el solo esfuerzo de la naturaleza. La naturaleza os inspirará pasiones ardientes, ó aun, si lo quereis, afectos heroicos ; pero esto solo será respecto de las cosas que se tocan y de las bellezas que se ven : ella os prosternará ante un poco de polvo, y hará de este polvo el alma de

vuestra vida, vuestra misma vida; y creeréis morir perdiendo en un abrazo final este bien precioso de un amor al que habeis jurado mil veces la inmortalidad. Y haréis mas aún; moriréis por un objeto amado; moriréis con alegría, haciéndole con vuestro último suspiro el holocausto de una eterna adoracion. Todo esto podeis hacer cuando no se trata de Dios; pero cuando se trata de Dios, desvanécese en vosotros esta gran facultad del amor, y vuestro corazon, tan dispuesto á todo lo demás, se niega á lo infinito. Si no amais nada, no debo hacer mas que compadeceros: amando por naturaleza y cifrando en el amor la felicidad de vuestra corta vida, debemos admirarnos de veros insensibles á Dios, y deducir de aquí que os falta algo para tocar á este supremo afecto. Lo que os falta, acaba de decirlo un sabio. Así como definió Santo Tomás de Aquino la verdad, *una ecuacion entre la inteligencia y su objeto*, así ha definido Séneca el amor, con una precision no menos elocuente, *una fusion que encuentra ó que hace los seres iguales*. Ahora bien, no existiendo igualdad entre Dios y nosotros, á él es a quien toca inclinarse hácia su criatura por un movimiento de gracia, y atraerla divinamente á una vida comun con él. Si consentimos en ello, aquí está nuestro mérito y nuestra salvacion; si no consentimos, aquí está nuestra culpa y nuestra perdicion.

Estas verdades que trato de demostraros, las anunciaba un día S. Pablo ante un procónsul romano y un rey de Oriente, reunidos mas bien por la curiosidad de oírle que por el deseo de conocer los caminos de Dios. Despues que les hubo contado los furores de su juventud contra Jesucristo, y como aquel á quien perseguía se le apareció á las puertas de Damasco para confiarle el Evangelio de las naciones, continuó así su discurso: *Mas asistido del socorro de Dios, permanezco hasta el dia de hoy dando testimonio de ello á chicos y á grandes, no diciendo otras cosas fuera de aquellas que dijeron los profetas y Moisés que habian de acontecer; que Cristo habia de padecer; que habia de ser el primero de entre los muertos resucitados, que anunciaria la luz al pueblo y á las gentes*. Al llegar aquí interrumpiéndole el procónsul con una gran voz, gritóle: *¡Estás loco, Pablo!* Y Pablo, sin conmoverse: *No estoy loco, óptimo Festo; mas digo palabras de verdad y de cordura; porque de estas cosas tiene conocimiento el rey en cuya presencia hablo con toda libertad; pues creo que nada de ello se le encubre, porque no han sido hechas estas cosas en algun rincón*. Despues, volviéndose hácia el rey: *¿Creéis;*

*oh rey Agripa, á los profetas? Yo sé que si crees*. Y el rey: *Por poco me persuades á hacerme cristiano* (1). Señores, este es el mismo diálogo que tiene lugar en este momento entre vuestra alma y la mía; ni las verdades ni los oyentes han cambiado. Hay aquí Festos alimentados en el orgullo de la razon, que desconocen la historia de su propia debilidad, y que, no habiendo sentido jamás la necesidad de los auxilios de Dios, se admiran de que sea necesario tratar con él de otra suerte que de igual á igual. Estos me responden: *¡Estás loco, Pablo!* Pero hay también Agripas que, mas embriagados con sus pasiones que con su ciencia, advertidos en secreto de la miseria del hombre, levantan algunas veces los ojos hácia la omnipotente bondad que les ha formado. Estos me responden: *Por poco me persuades á hacerme cristiano*. Y yo, sin distinguir entre unos y otros, entre los que están mas próximos y los que están mas lejanos, confiando en aquel que ha muerto por todos, imitando el lenguaje de S. Pablo: *Pluguiese á Dios que fuérais hechos hoy, tales cual yo soy* (2). Quiera Dios que, reconociendo la impotencia de vuestra naturaleza abandonada á sí misma, canteis en la paz, en la alegría, en la certidumbre de los hijos de Dios, este cántico tan corto y tan dulce: *Credo, — ¡yo creo!*

(1) Actos de los apóstoles, cap. 26, vers. 22 y siguientes.

(2) Actos de los apóstoles, cap. 26, vers. 29.